



1

Minka dejó la escoba apoyada detrás de la puerta de la cocina, miró hacia todos lados para chequear que realmente estaba sola, fue hasta su dormitorio y buscó el libro que tenía escondido debajo de su almohada, regresó al comedor y sin perder tiempo se sumergió en la lectura de la novela, sin saber que en los próximos días su vida cambiaría para siempre. Así como cambiaba la vida de los personajes de la historia que estaba leyendo.

Cuando calculó que su madre estaba por llegar, regresó el libro a su escondite y terminó de barrer y sacudir la tierra.

Petronila sabía que Minka se pasaba el día leyendo, pero no le importaba, ese era el menor de sus problemas. Desde la muerte de su esposo no pudo repuntar, su corazón lloraba y el dinero no le alcanzaba.

–Ven, Minka, vamos a conversar –dijo Petronila–. Tal vez tengamos que mudarnos, esta casa es muy grande para nosotras dos solas.

–No nos alcanza el dinero para pagar el alquiler, ¿no?

–Sí, esa es la verdad, pero doña Edelmira me pasó la dirección de la pensión donde ella vive cuando no se queda en la mansión, es una parienta de ella y se llama Clotilde, hoy podríamos ir a verla.

–Sí, madre, lo mejor para nosotras, yo podría ayudarla con el trabajo, ya tengo la edad –dijo. Había escuchado llorar en silencio a su madre muchas veces.

Clotilde las recibió y fue muy amable con ellas. Algunos muebles los entregaron en parte de pago del alquiler que adeudaban y el resto lo trasladaron a la pensión, donde compartían un cuarto.

No era tan malo vivir allí; Minka ayudaba a doña Clotilde en la cocina y con la limpieza, y se entretenía conversando con el resto de los inquilinos.

Pero otra vez la desgracia tocó la puerta del corazón de Minka. Era una mañana soleada cuando salió a hacer algunas compras para Clotilde y para Aurora, la costurera. Pasó por el almacén de don Tito y luego por la mercería a buscar el hilo macramé. Se entretuvo observando las telas expuestas en el mostrador. Pensó que tal vez Aurora podría hacerle una pollera.

Dobló en la esquina y algo llamó su atención: en la entrada de la pensión había varios policías. No supo qué pensar, qué conjeturar. ¿Un robo, tal vez? Comenzó a correr. *¿Le habrá pasado algo a doña Clotilde?* Cuando llegó a la

puerta, fue justamente Clotilde quien salió y la abrazó. La bolsa de las compras cayó al piso y las rodillas de Minka se doblaron. Su madre había fallecido, unos caballos desbocados la atropellaron y la mataron. Todo se puso oscuro y frío para Minka.

Comenzó a transitar una pesadilla que no terminaba nunca. Tuvo que ir con doña Clotilde a reconocer el cuerpo de su madre, imagen que no iba a poder borrar jamás de su cabeza. Luego el velorio, el entierro. Los muchachos de la pensión tuvieron la amabilidad de cargar con el cajón de Petronila hasta el carro para llevarla al cementerio.

Minka, parada entre los dos bultos de tierra, su padre y su madre, quería quedarse allí, con su familia. Clotilde la abrazó y la obligó a caminar. Tenían que regresar.

–Ven, Minka, vamos a comer algo. ¿Qué te gustaría?

–Nada, gracias, doña Clotilde –dijo y fue al cuarto que compartía con su madre, se hizo un bollito en la cama y comenzó a llorar.

Estaba encallada en su propio ser. No comprendía lo que había pasado, ojalá pudiera desaparecer. Ojalá se hubiera muerto con su madre. ¿Y ahora? No podía respirar, se sentó en la cama, hizo esfuerzos para que el aire pasara.

Pasaron las horas, no quería salir. No sabía qué hacer. Petronila se encargaba de ella completamente. ¿Y ahora? Era la pregunta recurrente sin respuesta.

Clotilde la vigilaba desde la puerta, le ofrecía comida, pero nada. *Pobre niña*, pensaba. *¿Qué voy a hacer con ella?*

Cuando sentía que no había nadie, Minka salía, iba al

baño y se robaba algo de la cocina para comer, luego regresaba y se quedaba encerrada, acostada en la cama.

Pasaron unos días y cada vez que Clotilde se arrimaba al cuarto, Minka se escondía debajo de la cama.

–Vamos, Minka, tienes que salir de ahí –dijo Clotilde–. No vas a poder vivir en ese lugar para siempre.

Minka no contestaba. Pensaba en que si salía la iban a echar a la calle. No tenía nadie en el mundo, no sabía a quién recurrir, a dónde ir.

Clotilde habló con Edelmira, algo tenían que hacer. En principio, había que hacerla salir, asearla, alimentarla. Y, tironeándola una de los brazos y otra de las piernas, lograron sacarla de debajo de la cama. La llevaron al baño para asearla, era como mover una bolsa de papas.

–Vamos, Minka, no te vamos a dejar sola. Tienes que reponerte. ¿Qué te parece si Edelmira te lleva a la mansión a trabajar? ¡Vamos, Minka, que no eres una niña, carajo! ¡Llora, llora todo lo que tengas, así las lágrimas barren lo turbio y listo! Ay, Dios, qué hacer con esta chica.

Minka no decía una palabra. Muda, sorda... Apenas bajaron la guardia, se soltó y se metió debajo de la mesa de la cocina. No quería salir, tenía miedo, no sabía bien a qué, tal vez a la soledad, a la incertidumbre de lo que podría venir. ¿Qué iba a pasar con ella ahora? Sola en el mundo. Lo único que tenía –y a lo que estaba aferrada– era su madre, y ella también la había abandonado.

–Déjala, dejala ahí –dijo Clotilde–. Ven, vamos a buscar a la policía, que se la lleven y listo, si ella no tiene voluntad.

Clotilde salió de la cocina y le pidió a Edelmira que la ayudara a correr un mueble de su dormitorio antes de que se fuera a la mansión, de paso, esperaban un rato a ver si Minka se asustaba y dejaba de actuar como una loca.

Minka, tenía el rostro escondido entre sus rodillas y se balanceaba cuando sintió un ruido extraño. *¿Será la policía?*, pensó. Levantó la cabeza asustada y lo vio. Primero creyó que era una aparición, un fantasma. Pero cuando el perrito se acercó a ella y comenzó a lamer su rostro, ella lo abrazó y comenzó a llorar. El perrito emitía un sonido extraño y la seguía lamiendo. Y ella seguía llorando.

Cuando Clotilde ingresó a la cocina, la vio sentada debajo de la mesa con el perro en sus brazos.

–Es mío –dijo.

Clotilde observó la situación, el perro no era callejero, se notaba. Estaba limpio y no tenía tantos olores. Seguro se había escapado de algún lado.

–¿Y si tiene un dueño que lo busca?

–Yo soy la dueña.

–Bueno –dijo Clotilde–. Te quedas con el perro, pero sales de ahí, y vas a limpiar el cuarto, me ayudas con las cosas y te vas a trabajar con Edelmira, puede ser una gran oportunidad. ¿Qué te parece?

–Sí, con el perrito –dijo con congoja, no podía controlar el llanto.

Clotilde la observaba, se le estaba acabando la paciencia

con Minka, pero cuando recordaba su situación y pensaba en su madre, la severidad disminuía.

–Bueno, cuando regrese Edelmira lo vemos. ¡Vamos! ¡Salgan de ahí que va a llegar la gente y ustedes así, como patas sucias!

Minka hizo una pirueta para salir sin soltar el perro. Apenas estuvo de pie, salió corriendo de la cocina.

Sentada en la cama con el perro entre las piernas, lo acariciaba.

–Tal vez sea el espíritu de mi madre que quiere acompañarme –balbuceó.

–Sí, tal vez. No, seguro que es ella, está ahí para que no te sientas sola. Pero bueno, ¿qué te parece si vas y le das un poco de comer y después lo llevas afuera?, no vaya a ser que mee o cague acá, ¿eh? –dijo Clotilde.

Salió con el perro como si fuera una parte de ella. Un bastón que la ayudaba a dar los pasos, una voz que la impulsaba a continuar con su vida.

–¿Puedo dormir con el perrito?

–...

–Entonces duermo con él afuera. No hay problema –dijo. Clotilde suspiró.

–Limpias todo, ¿eh?

–Sí, sí. Todo limpio, hago todo lo que usted me diga, doña Clotilde –dijo y se fue.

–¿Cuántos años tendrá ese perro? –preguntó Clotilde.

–No sé, pero un año por lo menos. ¿Crecerá más? Mira si sigue creciendo como un potrillo.

Edelmira ingresó a la pensión con la intriga de averiguar qué había pasado con Minka, sabía que a Clotilde se le estaba acabando la paciencia.

–No tendríamos que permitir que ese perro se quedara. Pero está tan amargada la pobrecita –contestó Clotilde a Edelmira, que observaba la escena boquiabierta.

–Se lo dejamos por ahora a ver si arranca, después, ya es una chica grande, va a tener que buscarse un marido y todo eso. Yo a su edad ya estaba por casarme –dijo Edelmira.

–Sí, bueno.

Las dos mujeres se sentían acorraladas con Minka en sus manos. No querían hacerse cargo, pero el hecho de haber conocido a su madre no les permitía torcer la moral y dejarla tirada en la calle. Y ahora con ese perro, y adentro de la casa. Clotilde tenía sentimientos encontrados. No quería hacerse cargo de una huérfana. *Y ahora con un perro*, pensaba y sacudía la cabeza de un lado para el otro.

–Mañana te vas con doña Edelmira a la mansión, allá donde trabajaba tu madre, ¿te parece? –dijo Clotilde.

–Sí, doña Clotilde, voy a trabajar así tengo para pagarle.

Clotilde suspiró, un problema menos. Ahora había que esperar a ver si se adaptaba al trabajo.